

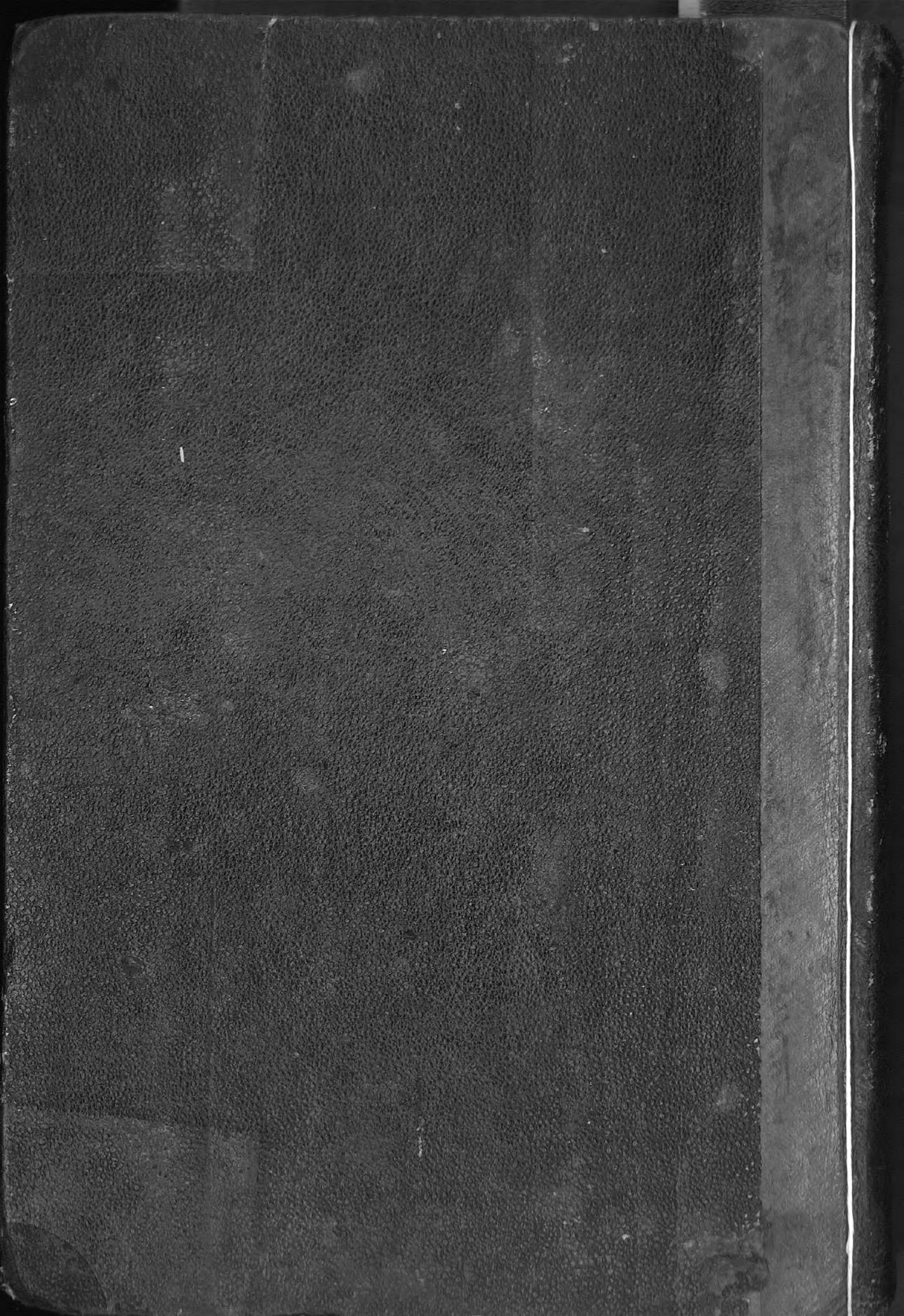


LOS
MISERABLES
DE ESPAÑA



I





500

Farré
75E (2 vol)

75E

Normal Terra

A-2015/1

LOS MISERABLES DE ESPAÑA

6

SECRETOS DE LA CORTE.

R
118102

Cetșaga no 55.

LOS
MISERABLES DE ESPAÑA

ó

SECRETOS DE LA CORTE.

NOVELA DE COSTUMBRES,

ORIGINAL DE LA SRA. D.^a FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA.

LIBRERIA POPULAR-ECONÓMICA,
plaza del Teatro, núm. 7.
IMPRENTA HISPANA DE V. CASTAÑOS,
Asalto, núm. 20.

MADRID.

LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO,
Preciados, n.º 5.
LEOCADIO LOPEZ,
Cármén, n.º 29.

203

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE CITY OF
BARCELONA

EXPOSICIÓN DE 1888

EXPOSICIÓN DE 1888

ES PROPIEDAD.



BARCELONA.
Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, núm. 20.
1862.



LOS MISERABLES DE ESPAÑA

DISCRETO

LA CORTE



R. ZARZA 1848

Est. de J. LUGÓN, Madrid.

DEDICATORIA

A MI HERMANO POLÍTICO

DON JUAN DE DIOS GONZALEZ.

Hermano mio: acaso con tu claro talento, con tu sano y generoso corazón podrás resolver un problema, ¿es la novela un mal ó un bien para la sociedad? Conozco tu respuesta; me dirás: si la novela es moral, sensata, razonada, será no solo útil, sino necesaria; si carece de estos atractivos, es perniciosa y debe prohibirse su lectura.

Luego de ellos habrán carecido siempre, cuando aun por desgracia existe la odiosa preocupacion que obliga á la mayor parte de las madres por juiciosas ó ilustradas que sean, á prohibir á sus hijas la lectura de las novelas.

¿Quién ha causado este mal? ¿quién ha hecho arraigar esta idea en el espíritu público? Seguramente no han sido nuestros antiguos y concienzudos clásicos, tampoco los ilustres escritores contemporáneos que honran la nacion con sus escritos; débese por desgracia á los traductores, que careciendo de ingenio para crear obras originales, las traducen, importando á nuestra patria horribles monstruosidades, que por su misma deformidad son aplaudidas, generalizándose por do quiera, y relajando la moral, las costumbres y la sociedad de la siempre católica y religiosa España.

Hé aquí la razon porque las madres esconden esos libros á sus hijas, los esposos á sus esposas, concretándolas únicamente á repasar las páginas del Año Cristiano, ó de algun otro libro devoto que no pueda influir ni dañar el poco cultivado talento de las españolas, ni su impresionable corazón.

Esta es una verdad incontrovertible, la preocupacion existe, y yo me propongo destruirla con mis obras.

Este es el móvil que guía mi pluma; tengo una hija, para ella escribo; ojalá que algun dia encuentre útiles y provechosas mis lecciones. Ojalá tambien sigan mi ejemplo todos los que hoy cultivan la novela, y cooperando á un mismo fin, logremos desvanecer de nubes ese horizonte tan hermoso, haciendo que el público femenino tenga libros que leer, de los cuales carece, y cobrando amor á la literatura, absorba con placer las saludables máximas, las ideas generosas que viertan en su tierno corazón nuestros cristianos novelistas.

Á tí, hermano mio, dedico esta obra; tienes una hija, una esposa y dos hermanas tímidas é inocentes, que crecen á la sombra de tu noble proteccion, sean ellas un ensayo en la empresa que confío llevar adelante. Si al leer tú mi novela, se la entregas diciéndolas: «Leed, leed, os lo permito» esa será mi recompensa, esa la gloria á que aspiro; porque, á semejanza tuya, todos los padres dirán lo propio á sus familias y entonces verá cumplido su objeto y satisfecho el vehemente anhelo de su corazón, tu hermana

Faustina.

Barcelona 8 de Agosto de 1862.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

CUANDO apareció en Francia la novela del inmortal Víctor Hugo *Los Miserables*, ya tenía yo casi escrita la que hoy publico con el mismo nombre. Fal-tábame solamente bautizarla con un título adecuado á sus circunstancias, puesto que no llenaba mi objeto el que la puse provisionalmente. Escuché la voz *Miserables*, que el eco de la fama estendió con rapidez por todos los ángu-los del globo, y la retuve con placer, porque comprendí que ningun otro pu-diera convenirle mejor á mi novela, adaptándose perfectamente á su argumen-to, á los tipos que figuran en ella, á su indole especial, á todo en fin.

¿Qué baré? me dije. ¿Se creerá mi obra una imitacion de la otra? Si tal duda ocurriera al público, la desvanecería demostrando que no he leído toda-
via la gigantesca creacion del escritor francés, lo cual es muy fácil probar, viendo que en nada se asemeja. Muy á mi pesar no la conozco aun, la leeré sí, en breve quizá, porque me agrada estudiar las grandes obras y mucho mas esta que ya lleva en sí el sello de la inmortalidad, segun críticos impar-
ciales.

Y mirado bajo otro punto de vista, no hallo inconveniente en que haya *Miserables* de España, lo mismo que de Francia y de otras naciones. ¿No hay *Misterios de París*, *Misterios de Lóndres*, de Madrid, de Barcelona y de otros puntos? Tambien puede haber *Miserables* y mucho mas cuando esta es-
pecie abunda prodigiosamente en todos los paises.

Lo que puedo desde luego asegurar es que son enteramente distintas la obra de Víctor Hugo y la mia, y al aceptar para esta el título de aquella, puede decirse que el ilustre novelista es el árbol gigantesco de soberana pompa y alta copa que se eleva triunfante hasta las nubes, y la humilde au-tora de *Los Miserables de España* una escondida y solitaria florecilla que se guarece bajo su magnífica y protectora sombra.

Al publicar mis trabajos literarios, obedezco á un instinto de mi corazon, á un deseo ardientísimo del alma, á una inspiracion fogosa que alentándome incesantemente, pone la pluma en mis manos.

Tambien es para mí un estímulo poderoso la benevolencia con que el público recompensa mis tareas, causándome una inmensa satisfaccion la cor-dial acogida con que se han recibido mis últimas novelas, habiéndose agotado en poco tiempo dos numerosas ediciones.

Sería ingrata á tan señalado favor si no aprovechase esta oportunidad pa-
ra manifestar al público la espresion de mi profundo agradecimiento, al pro-
pio tiempo que ofrezco á su inapelable juicio una obra mas, aguardando su fal-lo como del mejor, del mas imparcial y digno juez.

LA AUTORA.

PRÓLOGO.

CAPITULO I.

El 17 de Julio de 1834.



ASI todas las personas que fijen la vista en las humildes páginas de mi libro, tendrán conocimiento del tristemente célebre día 17 de Julio de 1834, por los funestísimos y aciagos sucesos que tuvieron lugar en la corte de las Españas.

Desde las primeras horas de la mañana comenzó á notarse en toda la poblacion el espanto, la agonía y la muerte.

El *cólera-morbo asiático*, ese devastador y cruelísimo azote, hacía horribles estragos, penetrando su mortífera plaga en todas las calles de Madrid, sin dejar barrio ni plaza por apartadas ó saludables que fuesen.

Apenas habia casa donde no se sintiesen los clamores de los moribundos, el llanto de las viudas, los dolorosos gemidos de los huérfanos, el martilleo aterrador de los ataúdes, ó el fervoroso clamor de los sacerdotes que entonaban sus fúnebres cánticos.

Las gentes, al transitar por las calles, iban despavoridas, con las facciones alteradas, reflejando en sus semblantes la zozobra y el espanto.

Este mismo terror alarmante que por do quiera cundia, hizo crecer las víctimas de una manera inmensa. No podia ser otra cosa; pues era imposible dar un paso sin encontrarse incesantemente con los carros llenos de cadáveres que dejaban hacinados en las parroquias, con el santo viático que cruzaba en todas direcciones, ó con multitud de camillas que conducian á veces tres y cuatro víctimas agonizantes, cuyos desesperados alaridos hacian conmovier los corazones, alterando horriblemente el espíritu público.

Perecieron familias enteras compuestas de diez ó doce individuos; en otras quedaron solos algunos niños de corta edad, siendo abandonadas las infelices criaturas sin que en aquellos terribles instantes se acordase nadie de prestarles auxilio.

Antes de conducir al lector á las casas donde han de conocer á los héroes de nuestra novela, proseguiremos describiendo las diferentes fases de aquel dia asolador.

El súbito é iracundo desarrollo de la homicida plaga, hizo fermentar en los espíritus el estupor, la ira, el deseo de venganza y todas las malas pasiones que se albergan en el corazon humano.

Una calumnia atroz, un grito horroroso cundió veloz de boca en boca, que fué acogido con horror por los buenos, con infernal alegría por los malvados y criminales, autores y propagadores de él. Propusiéronse irritar al populacho, promoviendo un motin que les permitiese, en medio de la efervescencia popular, aprovecharse del trastorno en que se hallaria el vecindario, y satisfacer su sed de venganza ó de sórdido interés, llevando á cabo en aquel dia fatal todo género de robos, atropellos y asesinatos.

Los frailes han envenenado las fuentes, fué la voz que cual una chispa eléctrica arrojada en un foco de combustibles cundió por todo Madrid con espantosa rapidez. En todos los ángulos de la capital se escuchó un grito de general indignacion, un clamor unánime, inmenso..... inaudito.....

—¡Mueran los frailes!....

—¡Abajo los perturbadores del orden!...

—¡Mueran los asesinos de la humanidad! ¡los envenenadores!..
¡mueran!.... ¡mueran!.... ¡No hay perdon para esos mónstruos
que envenenan las fuentes y nos arrebatan nuestros hijos, nuestros
padres, nuestras esposas.....

—¡Corramos á los conventos!

—¡Mueran los envenenadores!.... ¡mueran!....

Estas fueron las voces de alarma que estendieron los sediciosos preparando los ánimos para su intento.

El populacho soez, la gente desmoralizada y los malvados ansiosos de robo y pillaje, formáronse en grupos, dirigiéndose con gritería espantosa al convento de San Francisco el Grande.

Algunos hombres honrados, pero ignorantes, faltos de esa civilizadora ilustracion, que tanto necesita el pueblo para conocer sus intereses y no dejarse llevar de ajenas impresiones, siguieron á las turbas, estimulados por el ansia de vengar las muertes de sus familias y casi convencidos de que era una obra meritoria la que iban á acometer con inusitada y furiosa gritería.

¡De cuántos crímenes, de cuántas inauditas tropelías es causa la ignorancia!.... El heróico pueblo de Madrid hizose, sin saberlo quizá, cómplice de una docena de malvados, echando con la sangrienta profanacion de aquel dia horrible una mancha indeleble sobre la gloriosa historia de la magnánima y noble nacion española.

Aquella cruel matanza de indefensos ministros del Señor, de ancianos sacerdotes que oponian como única defensa su mansedumbre, su piedad, fué para la España un padron de infamia que todos sufrimos y que debiera caer solamente en la maldita cabeza de los perturbadores del orden, en los causantes de tan infucos crímenes.

Los principales jefes del motin eran unos malvados conocidos con los apodos de *Chupasangre*, y *Tragabombas*; tendremos un especial cuidado en presentarlos en nuestra novela como tipos de las mas bajas pasiones. Sus adeptos ó subordinados eran los asesinos, los ladrones, el pillaje soez, que nunca falta en las grandes poblaciones, y unas cuantas turbas de gente ignorante, sin talento, sin

instruccion, que habiendo sufrido graves pérdidas en sus familias á causa de la mortífera plaga y atribuyéndolo al supuesto envenenamiento de las fuentes, lanzábanse con los amotinados á vengar la muerte de los ídolos queridos de su corazon.

¿Y qué extraño que lo hicieran, si no hallaban consuelos en sí mismos suficientes á calmar sus acerbos dolores, ni luz en su entendimiento que desvaneciese sus errores? Sus espíritus y sus razones estaban desprovistos de toda nocion religiosa y civilizadora, dejáronse, pues, llevar de sus brutales instintos, y guiados por la colérica efervescencia, siguieron á las turbas, gritando con ellas:

—¡Mueran los frailes!....

¡Herrosa civilizacion!.... ¡Luz de los cielos!.... ¡reflejo celestial de un sér divino!.... ¡Ah! ¡cuándo tu sagrada antorcha iluminará todos los espíritus!.... ¿cuándo ese pobre pueblo español, bueno, bravo y heróico por instinto, por tradicion, será tan ilustrado como es noble y generoso?

Quizá algun dia veamos realizado este ferviente desco de nuestro corazon; mas para ello hemos de ver antes suprimidos esos centros de estúpida embriaguez, que secando el corazon del hombre, le hacen un ente imbécil, egoista y cruel. Esos centros de corrupcion, de inmoralidad, de pillaje; esas grandes reuniones de frenéticas criaturas, donde, irritados por sangrientos y bárbaros espectáculos, sus iracundos sentimientos van con fervoroso entusiasmo á aplaudir llenos de inmensa alegría, y á gozarse con algazara y estrepitosas risas en la agonía y la muerte de séres inofensivos.

En una palabra, yo conceptúo que las corridas de toros, las tabernas, las casas de juego y otras que no menciono, pero que el lector adivina, son una rémora para la ilustracion del pueblo, coartando la influencia que pueda ejercer en los espíritus y en los corazones la luminosa antorcha de la civilizacion.

Cada uno es libre de pensar como quiera, así como de emitir sus opiniones, por eso emito la mia, proponiéndome no solo manifestarla, sino presentar el ejemplo en los tipos y sucesos que pienso desenvolver en la historia que nos ocupa. Ojalá que mis palabras

consigan el objeto que me propongo, moralizar al pueblo, hacerle odioso el vicio y las innobles pasiones, aficionarle á la instruccion y á la lectura, deleitándole por medio de una fábula complicada, llena de episodios novelescos que esciten su interés en alto grado, haciéndole, sin saberlo quizá, aborrecer el vicio y amar la virtud, infiltrando al propio tiempo en sus sentidos las puras y saludables máximas de nuestra hermosa religion.

Si la multitud de insensatos que invadieron el convento de San Francisco el Grande, hubieran sido hombres razonables, instruidos, acaso no lamentariamos hoy aquel fatal acontecimiento, ellos mismos, léjos de ejecutar, hubieran evitado tan torpes y sangrientos asesinatos y el feo borron que en mengua de la Católica España echaron en su gloriosa historia.

Empero sucedió todo lo contrario; con iracunda saña cebáronse en sus víctimas, causando horror su inaudita y soberbia crueldad.

Dividiéronse las turbas de amotinados y asaltaron á un tiempo el Colegio Imperial y los conventos de San Francisco el Grande, Santo Tomás y la Merced, donde, furiosos, irritados en alto grado como si tuvieran razon, dieron rienda suelta á su coraje asesinando sin piedad ni consideracion alguna á los infelices religiosos que hallaban al paso, persiguiendo inhumanamente á los que se escondian y dando alcance con cruel rencor á los que, mas afortunados, pudieron emprender la fuga.

No se hallaba en aquella turba de *Miserables* y asquerosos entes ni un solo rostro compasivo, todos destellaban la rábía, el encono y la mas feroz estupidez.

¡Ah! ¡Cuán ciegos estarian!.... ¡Cuán desprovistos de todo sentimiento generoso y humanitario!.... ¡Qué faltos de religion y de sentido comun cuando asesinaban con infernal complacencia al pié de los altares á los infelices ministros del Señor, que con el crucifijo en la mano se arrodillaban implorando para sus verdugos la compasion de Dios!....

¡Qué escenas tan repugnantes tuvieron lugar en los sagrados templos!.... ¡Horrible, inaudita profanacion, que aun duele recordar porque todavia gime el corazon estremecido pensando en la

angustia, en la dolorosa agonía, en el anticipado martirio de los desventurados religiosos, víctimas inocentes de aquellas turbas frenéticas!....

Corramos un velo..... No es grato describir con todos sus detalles tan crueles escenas, que otras plumas mejor cortadas que la mía han descrito con asombrosa verdad, con inimitable colorido.

Silencio pues..... Empero no podemos prescindir de presentar al lector algun episodio, haciéndole conocer algunos *Miserables*, puesto que esta es la base de nuestra novela, aquí brota, ó mejor dicho, aparece el título que lleva.

Era en San Francisco el Grande. Dos religiosos, perseguidos por la furiosa multitud de amotinados, corrieron á refugiarse en la huerta, no hallando otra salida mas libre.

Azorados, trémulos, con la angustia en el alma y el terror pintado en el semblante, llegaron á un sitio escondido de la huerta, donde un corpulento árbol estendia por encima de la tapia sus gigantescos brazos. Treparon á él ayudándose uno á otro, dispuestos á saltar al otro lado aun á riesgo de romperse la cabeza, prefiriendo mil veces aquella muerte, á ser víctimas de las sediciosas turbas.

Los dos religiosos eran tipos enteramente opuestos; jónen el mas alto, de semblante dulce, angelical, hermosa figura, frente ancha, despejada, señal inequívoca de talento: lábios gruesos, siempre animados de una benévola sonrisa, prueba segura de la bondad de su corazon. Llamábase fray Benigno. En el convento designábanle con el sobrenombre del Bendito, á causa de su magnánimo carácter y de su inagotable caridad.

Estaba destinado para las misiones de la India, y hubiera salido aquel dia á no habérselo impedido las ocurrencias del 17 de Julio.

Su compañero de aventura se llamaba fray Severo, era lego, y sin afición ninguna por recibir las órdenes clericales. Su vida anterior nadie la conocia, por el misterio con que habia procurado ocultarla.

De corta estatura, escualido, raquítico y de facciones repug-

nantes, causaba á primera vista un instintivo desvío difícil de explicar. Tendría unos cuarenta años. La cínica espresion de su enjuto rostro revelaba un carácter irascible, bajo y egoísta. Sus pequeños ojos de un azul claro, feísimo, anunciaban con su oblicua mirada la avaricia, la pequeñez de su pobre alma.

—Suba V., suba V., fray Benigno; démonos prisa, que si esa turba de herejes nos alcanza, somos perdidos.

Decía el indigno lego á su pacientísimo y noble compañero.

—Sálvese V., amigo; yo le ayudaré á descolgarse, contestó con dulzura.

—Pero y V., ¿se queda?

—A mí me importa poco encontrar el martirio en Madrid ó entre los salvajes de la India, donde iré á buscarle mañana si salgo con vida de aquí.

—No sea V. tonto: el vivir es muy dulce; tiene muchos atractivos el mundo..... sígame V., sígame!

A todo esto, medio colgado de la sotana que habian hecho girones, se fué deslizandó; al decir las últimas palabras estaba en la calle.

Fray Benigno permanecía sentado con mucha tranquilidad entre las hojas del corpulento árbol que le sirvió de momentáneo refugio.

Sus hermosas facciones no revelaban espanto ni terror, sino una compasion profunda, un dolor indefinido y angustioso. Sentia, mas que su propio duelo y el peligro en que se veia, el estravío de aquellas pobres almas, que tantos estragos causaban.

Encontrábase colocado en una posicion que le permitia ver las sacrílegas escenas del convento, al propio tiempo que los sucesos de la calle.

Un grito espantoso resonó en una de las casas inmediatas, abrióse un balcon y una hermosa niña, con el rostro abatido, con señales del mas vivo dolor, se presentó en él, unidas las manos y pidiendo socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Verla fray Benigno y arrojarle á la calle agarrado á los girones

de la destrozada sotana que fray Severo habia dejado pendiente, fué obra de un momento.

Aquel incidente le salvó, habíale distinguido desde las ventanas del convento, y una turba de hombres feroces corrian hácia él con ánimo de asesinarle.

—¡Ha saltado la tapia! ¡el infame!....

Gritaron con furor los desalmados.

—Sigámosle, dijo Tragabombas; vamos á desollarle vivo para escarmiento de pícaros.

—Sí, compañero; tienes razon, añadió Chupasangre, vamos, amigos, seguidme, que pronto le alcanzaremos.

La turba siguió á sus gefes, que dividiéndose, deslizaronse unos por la tapia, otros buscando salida mas cómoda; pero en vano: fray Benigno, con la agilidad de la ardilla, movido solo de un impulso caritativo, llegó á la casa en donde la trémula niña demandaba socorro. Encontró la puerta cerrada, y como no respondieran á su llamamiento, trepó por una reja, encaramándose al balcon á tiempo de recibir desmayada en sus brazos á la inocente criatura.

La entró dentro, colocándola en un sillón: entonces vió la calle llena de hombres que le perseguian, y murmuró para sus adentros contemplando á la niña:

—¡Oh! hija mia, tú me salvas la vida, y yo aun ignoro el peligro que corres.

Tendió una mirada por el aposento; estaba desierto. Le registró escrupulosamente, no encontró á nadie, y observó que estaba cerrada por fuera la puerta de comunicacion con las habitaciones interiores. Por la parte interior tenia un cerrojo, le corrió por encontrarse mas seguro y entonces se dedicó por completo á la niña.

Merced á un frasquito de esencias que tomó de encima de la mesa de tocador, la hizo volver en sí.

Sus primeras palabras fueron de terror.

—¡Socorro! ¡que matan á mi padre!.... inarticuló con voz angustiada.

—Animo, hija mia, ánimo: aquí estoy yo para protegerte, la dijo fray Benigno con una voz tan dulce y angelical, que infundia confianza en el instante de escucharla.